

portancia de los oficios sacerdotales, y en pago de los penosos sacrificios que los confesores se imponen en bien de sus penitentes, los odian, los calumnian y persiguen, deseando borrar de la haz de la tierra hasta el último ministro del Señor que les hable de la confesión auricular. ¿Qué es esto? ¿Es que han perdido el juicio los hombres? ¿Cómo se explica tan insensato desvario? ¡Oh! Es muy sencillo: la fe en tan soberano Sacramento se halla en muchos debilitada, y como por otra parte su corazón orgulloso quiere aparentar lo que no es, por eso, ni aun bajo secreto inviolable, se resuelven á manifestar á otro hombre lo que son, cuando en verdad debieran desear que todo el mundo les conociera y estimara en lo que valen y nada más. ¿Es justo que vivamos engañándonos los unos á los otros con vanas apariencias y ocultas soberbias?

3. La confesión, nadie lo dude, es la llave del cielo: Jesucristo la entregó á San Pedro, éste á los sacerdotes, y los sacerdotes abren la puerta á todos los pecadores que quieran entrar. ¿Por qué no entran todos? ¿Por qué se alejan de esta fuente de vida eterna? Ya lo hemos indicado; consiste también *en que desconocen los inmensos beneficios que la confesión sacramental produce en los individuos, en las familias y en los pueblos*; consiste en que nada hay para el hombre degradado más humillante que el relato franco y sincero de su vida, de sus pensamientos, de sus deseos, de sus palabras y obras; consiste en que quieren ir al cielo como cristianos, viviendo en la tierra como paganos. Esto, nadie lo ignora, es imposible; y por si alguno quisiese abrir los ojos de su alma, apuntaremos aquí dos cosas:

- 1.^a Los beneficios individuales de la confesión.
- 2.^a Los que trascienden á la sociedad en general.

§ I

BENEFICIOS DE LA CONFESIÓN EN LOS INDIVIDUOS

4. Figura de la confesión. — **5.** Efectos espirituales. — **6.** El hombre desea la paz del alma. — **7.** Necesidad de la confesión para recobrarla. — **8.** La confesión se funda en la naturaleza humana. — **9.** Ejemplo. — **10.** La confesión es un preservativo del mal. — **11.** Es una dirección. — **12.** Declaraciones de los impíos.

4. «Había en Jerusalén, inmediata al templo de Salomón, una piscina que servía para lavar y purificar las reses destinadas á los sacrificios, y alrededor de dicha piscina se agrupaban innumera-

bles enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, etc., aguardando el movimiento de las aguas; porque un ángel del Señor descendía en cierto tiempo á la piscina y las removía, aconteciendo que el primero que entonces entraba en ellas quedaba sano de cualquiera enfermedad que tuviese.» (Joan., IV, 2, 4.) Esta piscina, de que nos habla el Santo Evangelio, es figura de la confesión sacramental; con la notable diferencia de que la piscina de Jerusalén no curaba sino una vez al año, nada más que á un enfermo, y eso en cuanto al cuerpo solamente; mientras que la piscina de la confesión cura siempre, á todos los pecadores, y de todas las llagas del alma, mucho más terribles y peligrosas que las del cuerpo.

5. No intentamos ponderar aquí los beneficios puramente espirituales del Sacramento de la Penitencia, ó sea *el perdón de todos los pecados; la remisión de la pena eterna y de la temporal en parte ó en todo; la infusión de la gracia santificante en el alma; la gracia sacramental; la reviviscencia de los méritos; la restitución de las virtudes sobrenaturales; la filiación divina y la acumulación de otros muchos bienes del mismo orden*; sino únicamente indicaremos las utilidades que, desde el punto de vista humano, reciben los individuos particulares, y decimos: «La confesión sacramental es una necesidad imperiosa de nuestro espíritu, ya para recobrar y conservar la paz del alma, ya para dirigir y deleitar nuestro corazón.»

6. LA CONFESIÓN DA LA PAZ AL ALMA. — No es preciso detenerse mucho en probar esta verdad, porque la experiencia misma de los que se confiesan la está mostrando. «El estómago que contiene un veneno y que se pone convulsivo para arrojarlo es—dijo el conde de Maistre—la imagen natural de un corazón donde el crimen ha derramado su ponzoña. El sufre, él se agita, él se contrae hasta que encuentra el oído de la amistad, ó al menos el de la benevolencia.» (*Du Pape*, lib. III, cap. III.) ¿Y qué benevolencia y qué amistad más pura que la del confesor?

Todo hombre que peca, si no ha perdido del todo la fe ó si no es un insensato, pierde la paz interior del alma y por consiguiente la dicha verdadera, según aquellas palabras de Job: *La paz es imposible al hombre que se rebela contra Dios* (1). El hombre, sin embargo, desea instintivamente la paz, y el Señor, atendiendo más á los intereses de nuestra alma que á los derechos de su justicia, estableció la confesión de nuestras culpas como medio único de obtenerla.

¡Oh hombre pecador! mira á la derecha, mira á la izquierda; vuélvete hacia arriba, vuélvete hacia abajo, contempla en torno

(1) Qui resistit ei, et pacem habuit? (Job., XIX.)

tuyo, dentro y fuera de ti, y nunca hallarás paz, porque el reposo y la dicha están en Dios, de quien tú te has alejado; pero desde el momento en que arrojes de ti las culpas por la confesión sacramental, renacerá en tu corazón la paz interior, que es la mayor necesidad de tu alma; esa paz que el mundo promete y que nunca puede dar; esa paz divina que, según expresión de San Pablo, supera á todos los goces materiales de la vida y que se apodera de los corazones y de las inteligencias cristianas, colmando todo nuestro ser de indecibles regocijos (1).

7. La necesidad que siente el alma pecadora de comunicar sus culpas á alguna persona de confianza es de tal naturaleza, que algunas veces se ha visto á corazones culpables buscar con ardor un amigo, un confidente, un consejero á quien poder manifestar los remordimientos de su conciencia; se ha visto á grandes criminales rehusar la impunidad que tenían segura con el silencio y el disimulo, y publicar en alta voz su crimen delante de la justicia humana, solicitando como una gracia el correspondiente castigo; y esto no es más que el grito de la naturaleza, eco fiel de la justicia de Dios. Por esta razón, la confesión sacramental, aun considerándola como una simple confidencia humana hecha á un corazón amigo, es una necesidad verdadera, innata en nuestra alma, la cual encuentra en ello consuelo inexplicable.

Los hombres, cuando han obrado mal, se hallan naturalmente inclinados á descargarse del peso de sus culpas que les abruma, y á derramar su secreto en el seno de una persona de discreción. La confusión que les causa su confesión la encuentran por completo compensada en el alivio de su pena, causado ordinariamente por la simpatía que el confesor ejerce. (Así se explica el doctor protestante Smith, según Gerbert, *Dog.*, notas.)

En el catecismo calvinista de Ginebra se encuentra el artículo siguiente: «En muchos casos sería *conveniente* descargar la conciencia en presencia de un pastor, para recibir de él la dirección necesaria.» Por consiguiente, la herejía, después de haber abolido la confesión *como sacramento*, se ha visto obligada á conservarla al menos *como conferencia* espiritual. ¡Tan grande es la necesidad que experimenta todo pecador de confesar á alguno sus pecados! ¡Tan encarnada está la confesión en la naturaleza misma del hombre y en las leyes secretas de la humanidad!» (Ráulica, Conferencia XVIII.)

(1) Pax Dei, quae exsuperat omnem sensum, possideat corda vestra et intelligentias vestras. (Filip., IV, 7.)

Si el alma está *gozosa*, se siente impelida á comunicar á los demás sus alegrías, como deseando que participen de ellas, y aumenta su regocijo cuando otros corazones laten y sienten como el suyo. Si en el cielo no hubiera comunicación de bienes, faltaría sin duda algo á la felicidad de los bienaventurados. En sentido inverso, si el alma se encuentra *apenada*, experimenta consuelo narrando á otro sus penas, y como que vacía la amargura de su corazón en el corazón de sus semejantes. Si el alma se siente *caída*, que es lo que de ordinario ocurre en la confesión, necesita un apoyo, una fortaleza, un remedio, un perdón, y esto es cabalmente lo que encuentra en el confesor.

8. Nada hay más dulce para el alma afligida por sus pecados que hallar un corazón amigo que la consuele; un corazón puro, generoso y desinteresado que, lleno de compasión y de amor, la reanime y vivifique; un corazón discreto, experimentado é inteligente, que la muestre el camino del cielo y que en nombre de Dios la perdone y la testifique de que realmente se halla perdonada. ¿Y qué otra cosa es lo que hace el confesor? ¿Quién no sabe que él es en verdad para el penitente un padre amoroso, un amigo fiel, un partícipe de sus penas ó de sus regocijos y un guía seguro para obtener la eterna beatitud? ¡Tan cierto es que nada hay en el dogma católico que no tenga sus fundamentos en las necesidades de la naturaleza humana, y que no se apoye en los nobles é innatos sentimientos del corazón recto y puro!

¡Oh almas pecadoras, que abominando los desórdenes de vuestra vida pasada habéis tenido la dicha de arrojar á los pies del confesor la pesada y ominosa carga de vuestras culpas! Decidnos: ¿Es posible encontrar en los goces del mundo nada que sea comparable á vuestro gozo? ¿Hay felicidad ni dicha semejante á la vuestra?

9. Un oficial de caballería pasó por cierto pueblo donde se hallaba el célebre predicador P. Bridaine, cumpliendo una misión. Entróle curiosidad de oír á un orador tan afamado, y penetrando en la iglesia cuando el misionero explanaba la utilidad de una buena confesión general, nuestro militar se conmueve y formó allí mismo la resolución de confesarse. Hízolo, en efecto, pero con tal devoción y arrepentimiento, que todos le vieron derramar lágrimas dulcísimas, según él decía, de gratitud y de amor. Después siguió al misionero á la sacristía, y allí, en presencia de varias personas, se expresó de esta manera: «Señores: en toda mi vida he disfrutado placer más puro y delicioso; dudo mucho que el rey Luis XV,

á quien he servido treinta y seis años, sea más feliz que yo.» Y arrodillándose al mismo tiempo á los pies del misionero, añadió: ¡Cuántas gracias debo dar á Dios por haberme conducido á este lugar! Rogad al Señor, que me conceda tiempo de hacer penitencia. Paréceme que *nada* me ha de costar, con tal que Dios me sostenga.» (Gaume.)

Como este ejemplo pudiéramos citar innumerables, pues nada abunda más en las historias eclesiásticas y en las vidas de los Santos. «Padre mío, padre mío, ¡qué feliz soy!—decía un pobre pecador al venerable Cura de Ars. —No quisiera por mil francos haber dejado de confesarme. Hasta ahora tenía un vacío en el corazón; vos lo habéis llenado, ya no lo siento; nada me falta y estoy satisfecho.»

10. Pero la confesión sacramental no sólo da la paz al alma, sino que además es un antídoto preservativo para no perderla y una dirección para progresar en el camino del bien. Es un preservativo contra la desesperación, porque si el crimen cometido corroe las entrañas del pecador, á la manera que un cáncer corroe el cuerpo, y si el enemigo de nuestra salvación presenta con viveza su enormidad, aumentando la vergüenza para que no se confiese, exagerando las dificultades del perdón y la imposibilidad absoluta de tornar al bien; si en virtud de esto el alma, considerándose para siempre perdida, se abandona al furor de sus pasiones, pasa después al tedio de la vida, y, finalmente, á conatos de suicidio, entonces el confesor deshace en nombre de Dios esta horrible trama de Satanás, diciéndole: «Hijo mío, ten confianza: tus pecados son perdonados, y todos ellos ante la misericordia divina han desaparecido como arista que lleva el viento. ¿Por qué has de estar triste; y por qué te has de conturbar?»

Demás de esto, ¿quién no sabe que la confesión es un como freno espiritual que impide recaer en las mismas culpas? Unas veces será á causa de la vergüenza natural de confesar siempre idénticos pecados, faltando á los propósitos hechos; otras, por un efecto de las gracias de fortaleza otorgadas por el Señor á la humildad de la confesión y al poder de la absolución, y en no pocas ocasiones el sacerdote, conociendo nuestras debilidades, nos sostiene y robustece, nos da luz, nos anima y dirige; porque en realidad el sacramento de la Penitencia es una dirección maravillosa. ¿Quién sin él caminará seguro?

11. Ninguno es juez en causa propia, y ¡cuántas veces, engañados por el amor propio, nos hallamos dudosos en la conciencia,

sin acertar á comprender lo que en lo sucesivo debemos realizar! ¡Cuántas veces, en las diversas circunstancias de la vida, nos encontramos con cuestiones delicadas, importantes, y en las cuales nos exponemos á errar, si nos guiamos por nuestras propias luces, no siempre exentas del influjo de las pasiones! ¡Cuántas veces, agobiados bajo el peso de una tribulación inesperada, quedan como paralizadas nuestras energías y la pobre alma no sabe qué hacer ni qué camino tomar! ¡Cuántas veces, hallándose el espíritu sosegado y las pasiones en calma, dormimos tranquilos en medio de los peligros, como nave en puerto seguro, sin considerar que el fuego se halla cubierto con ceniza, y que á lo mejor viene un soplo del viento y produce voraz incendio! Pues para todos estos casos y otros análogos sirve la dirección del confesor, quien con su mucha experiencia, y sobre todo con luz divina, propia de su sagrado ministerio, nos dirige seguros á puerto de salvación.

12. Son verdades prácticas y de sentido común éstas que vamos diciendo, y porque nadie nos tache de exagerados, dejaremos que hablen los impíos del siglo pasado que, aunque perversos, no lo fueron tanto en este punto como los incrédulos del siglo presente (1).

«La confesión—dijo Voltaire—puede mirarse como el gran freno de los crímenes secretos. No hay tal vez institución más sabia que la confesión. Los enemigos de la Iglesia romana, que han declamado tanto contra una institución tan saludable, parece que han deseado quitar á los hombres el freno más eficaz que pudiera ponerse á sus crímenes.»

«No existe—añade Marmontel—mejor medio para mantener á la juventud en la pureza de costumbres como la confesión mensual.»

«El mejor de todos los gobiernos, según Raynal, sería una teocracia en la que se estableciera el tribunal de la confesión (2).»

Nótese bien que los que hacen estos elogios y prestan estos homenajes espontáneos y libres al sacramento de la Penitencia son hombres impíos, hostiles á la Iglesia católica, quienes, aunque de grande genio, no pudieron menos de hacer dichas confesiones, arrancadas por la fuerza de la verdad. ¿Qué extraño es que los Doctores católicos se deshagan en elogios de la confesión, y que la consideren como base fundamental del bienestar en los individuos, en las familias y en las naciones? ¡*Bienaventurados los que lavan sus vestiduras en la sangre del Cordero!*—dijo San Juan en

(1) Véase Bergier, *Dicc. teológ.* palabra *Confesión*, y Gaume, *Catec. de Perseverancia*, tomo IV, lect. XL.

(2) Raynal: *Hist. filosóf. y polít. del comercio de las Indias*.